

Capítulo XI

LABORATORIO DE LA TEORIA SOCIAL

Carácter de clase: fuerza corporal y fuerza moral

A lo largo de cuatro siglos, la burguesía fue haciendo su aproximación práctica a los fenómenos de la guerra en relación a las revoluciones políticas y guerras nacionales, que expresaban su creciente poder social.

La guerra, por tanto, fue adoptando un carácter de clase burgués.

El proletariado naciente acompañó este proceso e intentó, en ciertos momentos, imponer sus intereses y su estilo a la fuerza social dirigida por la burguesía. Sólo en 1871 logra configurar una fuerza social donde ocupa el papel dirigente y se ve obligado a asumir la guerra civil, iniciada por la burguesía.

Las experiencias bélicas de la burguesía habían sido racionalizadas hasta constituir una teoría completa, formulada por Clausewitz, que reflejaba la conciencia social de esta clase en esta etapa histórica.

Marx y Engels, y después Lenin, realizan un trabajo similar: partiendo de la experiencia de las luchas proletarias, desarrollan la teoría de la lucha de clases — originariamente formulada por historiadores burgueses— superando los límites y parcializaciones a que estaba sometida en las concepciones vigentes.

Es posible observar que entre la teoría clásica de la guerra y la teoría de la lucha de clases, hay una serie de analogías y un movimiento tendencial cuyo sentido es común a ambas. Una de estas analogías y tendencias consiste en asumir, de un modo cada vez más concreto, el carácter social del cuerpo humano.

Clausewitz tomó conciencia acerca del modelo de reflexión implícito en las teorías precedentes que buscaban reducir todas las cuestiones de la guerra a magnitudes materiales, posibles de ser sometida a una aritmética elemental: la actividad técnica. Observa que los progresos se habían producido en esa dirección hasta llegar a su máximo refinamiento en “táctica”, que concebía a la conducción como el manejo de un ejército—máquina, o sea, una cosa que actúa sobre otras cosas.

En efecto, la teoría militar vigente sólo se ocupaba de desarrollar y pensar la “fuerza” entendida como fuerza corporal: construir una máquina óseo-muscular colectiva, obediente al general, una máquina de cuerpos que imitara a las máquinas reales de la época. Esta era una inversión cosificadora que se ha habido producido en el pensamiento de ese período histórico, puesto que las máquinas reales las máquinas de fuerza, desde la palanca en adelante, habían sido desarrolladas tomando como modelo los órganos parciales y exteriores del cuerpo humano. Luego se había pensado al cuerpo humano tomando como modelo a este tipo de máquinas y, por lo tanto, se lo había parcializado y reducido a sus apariencias.

Las imágenes mecánicas del cuerpo y sus movimientos eran consistentes con el problema que afrontaba la burguesía ascendente. En la medida que trataba de utilizar cuerpos del pueblo para sus propios fines le era necesario pensar en la construcción de un autómatas.

La experiencia, que le permite percibir las contradicciones e insuficiencias de este modelo respecto de las guerras reales, suscita otro tipo de reflexión en Clausewitz. En primer lugar, dará por supuesta la “máquina” y sus mecanismos, y tratará de pensar el “motor” que lo impulsa. Redefiniendo entonces el concepto de “fuerzas de combate”, distinguiendo las “fuerzas corporales”, de carácter mecánico, de las “fuerzas morales” que las ponen en movimiento, a la vez que buscará determinar las relaciones.

Clausewitz señala que las “fuerzas morales” son determinaciones de la magnitud de las fuerzas corporales, constituidas por el valor y la audacia, la cohesión y la capacidad para actuar según un plan conjunto.

Es decir, que toma en cuenta no solamente el carácter natural del cuerpo humano —el hecho de que en realidad no es una cosa— sino su carácter social. El alma motriz de las fuerzas de combate depende, según Clausewitz, de su pertenencia a una nación —los motivos “nacionales” que mueven a las masas—, de su organización y conducción en calidad de soldados-ciudadanos por el estado y la jefatura militar.

En segundo lugar, Clausewitz observa que la imagen mecánica hace abstracción de las condiciones de combate, donde quienes luchan son personas. Indica, entonces, que el combate, no sólo se produce un desgaste material directo de las fuerzas corporales, determinado por la fatiga, el hambre, la sed, y la acción de fuerzas enemigas, que se expresan en muertos y heridos. Señala que se produce también una destrucción mediada, donde aquellos factores actúan —a través de la percepción del peligro y la falta de información— sobre las emociones y la capacidad de juicio de los individuos, sobre la cohesión del cuerpo colectivo y sobre la capacidad de conducción del general. Es decir que la acción física sobre los cuerpos los invalida también a través de la disminución de las fuerzas morales, sociales.

Clausewitz construye, entonces, un modelo análogo al proceso vital tomado en conjunto, incluyendo no sólo sus aspectos anatómicos, su energía y motricidad física, sus articulaciones materiales en el cuerpo individual y colectivo, sino también los aspectos perceptuales, emotivos, intelectivos, el procesamiento de la información, la organización y dirección de las conductas.¹

Este modelo es aplicado a la relación entre la fuerza corporal de combatientes y su fuerza moral y a la relación entre la fuerza de combate, el ejército como cuerpo, y su espíritu de inteligencia que son el general y el estado.

Pero como además, en las condiciones de combate, estas fuerzas actúan a su vez sobre otros “seres vivientes que reaccionan” —las fuerzas de combate enemigas—, el modelo no es exclusivamente biológico en el sentido de relación de los procesos vitales con sus condiciones inorgánicas, sino un modelo de la vida como conflicto entre organismos, un modelo de conflicto social, “igual que la política y el comercio”.

¹ También es análogo a las máquinas electrónicas modernas que no producen fuerzas sino que controlan su ejercicio. A través de la obtención y procesamiento de datos producen información y organización: son instrumentos de comando de la fuerza y de allí que su ciencia haya sido denominada “cibernética”, término derivado del griego que significa “piloto de navío”.

A través de esta perspectiva, Clausewitz llega a tomar conciencia acerca del carácter social de las fuerzas de lucha del cuerpo humano, pero sólo abstractamente, en tanto lo refiere nada más que a su organización burocrática como fuerzas armadas de ciudadanos.

Lenin avanza en la dirección emprendida por Clausewitz, desarrollándola en dos sentidos. Por una parte, da mayor especificidad al enfoque de Clausewitz cuando remite a la noción de “fuerza social” de las fracciones proletarias a su conciencia, organización y conducción, sin reducir estos conceptos al carácter social, más abstracto, de “fuerzas morales”. No sólo asume lo dicho por Clausewitz —que la fuerza material de los cuerpos depende de su fuerza moral, social— sino que subsume esta ley dentro de otra, que señala las condiciones de clase específicas en que ella se cumple: agrega que la fuerza moral depende de su carácter de clase, según sea este burgués o proletario.

Según Lenin, la fuerza material que los cuerpos de los desposeídos están en condiciones de desplegar no es igual si están organizados en términos de disciplina burguesa, con conciencia y conducción ajena, que si lo están en términos consistentes con su ser social proletario. “Organización del proletariado” significa, en este sentido, aquella articulación de los cuerpos que permite que la totalidad de sus fuerzas se ejerzan en la lucha a fin de obtener sus metas o intereses de clase. Es decir que implica la disolución de un conjunto de relaciones sociales a través de las que las fuerzas del cuerpo de los desposeídos se les enfrentan como un “poder”: es autoorganización de lucha del proletariado.

Del mismo modo, “conciencia proletaria” remite al conocimiento de los medios y objetivos de lucha para obtener las metas de clase, la comprensión práctica del antagonismo respecto de la burguesía y de la identidad consigo misma. Es conciencia de sí, autoconciencia.

El desarrollo de la conciencia y organización proletaria se expresan en la capacidad de autoconducirse contra el enemigo de clase y conducir las restantes fracciones oprimidas y explotadas, para orientar todo el proceso de la lucha de clases.

Lenin establece, por lo tanto, un campo de leyes que vinculan las fuerzas materiales de las fuerzas sociales con su carácter de clase concreto. Este campo de leyes es, a la vez, más concreto y más universal que el señalado por Clausewitz puesto que la explicación de la diferencia de fuerzas materiales de clases distintas —por ejemplo, las feudales y las burguesas o éstas y las proletarias— no reside en que las fuerzas “morales” tengan vigencia para unas y no para otras, sino en el tipo específico de estas fuerzas determinado por su carácter de clase.

En un segundo sentido, Lenin amplía el alcance del modelo de Clausewitz porque no limita el ámbito de los conceptos y la vigencia de las leyes al momento en que la lucha se verifica entre hombres armados. Lenin lo extiende a todo el proceso de lucha donde se produce la formación de “fuerza social”.

Un segundo aspecto analógico del progreso teórico de Clausewitz y Lenin se observa en la tendencia a superar las imágenes sustancialistas de los fenómenos. La guerra, el poder, la fuerza dejan de verse como cosas o atributos intrínsecos a las cosas y comienzan a ser pensados con referencia a determinados campos o espacios de relaciones, a la vez que ya no se los enfoca en tanto sucesos puntuales sino en su calidad de procesos. En suma, los conceptos son referidos a espacios y tiempos de relaciones de

transformación, a campos de leyes de estas relaciones y de sus transformaciones.

Esto se cumple en el nivel de los fenómenos más general y en el más particular. En cuanto a lo general, Clausewitz considera a la guerra como un campo específico de relaciones humanas, que se distingue de otros —como la política y el comercio— por el hecho de que las relaciones están mediadas por “armas”. A la vez señala que las leyes de este campo de relaciones armadas se subordinan a las del campo de la política ya que la guerra es una actividad instrumental del estado.

Lenin conecta ambos conceptos, político y militar, subsumiéndolos en otro más abarcador, el de las leyes de la lucha de clases, que son referidas a su vez a fenómenos económicos-sociales.

Fuerza material, reflexión y conducción

La misma tendencia se observa en cuanto a lo más particular, la noción de “fuerza”. La perspectiva de Clausewitz acerca de las dimensiones del carácter social pondrá en crisis otras ideas derivadas de las concepciones mecanicistas: las imágenes del combate en sí mismo.

En la formación del ejército-máquina estaba implícita la idea de que a través del funcionamiento cooperativo de una masa de cuerpos —disciplinada, jerarquizada y sometida a un mando único— era posible generar una fuerza superior a la suma simple de sus elementos aislados. Ya aquí, la fuerza total era considerada como una magnitud dependiente de la forma de organización de sus partes.

Clausewitz produce otro avance en tanto amplía esta perspectiva a los procesos de aplicación de esa fuerza combinada. No los piensa como suma de acciones simples en las que la fuerza cumple trayectorias perfectamente previsibles y geometrizables y sobre lo que no es posible actuar una vez lanzada como sucedía según las leyes de la balística, que tanta importancia tuvieron en la época.

Concibe al ejército de las fuerzas en proceso y no como un fenómeno puntual a suma de fenómenos puntuales. Piensa a la guerra como una totalidad en la que se articulan procesos parciales, donde la fuerza total resultante depende del orden en que se producen esos procesos parciales.

La fuerza perdía así la apariencia de una sustancia intrínseca a la “máquina”, para ser pensada como un dinamismo, una magnitud en devenir, subordinada a la organización en una totalidad de los procesos parciales en las que se manifiesta. A esta distinción, y a la vez relación, entre procesos parciales y proceso total refieren las nociones de táctica y estrategia, que son racionalizadas por Clausewitz.

La fuerza es referida, entonces, a coordenadas de espacio y tiempo. Pero, Clausewitz no considera estas coordenadas como algo exterior a la fuerza, como si simplemente pudieran servir para decir dónde y cuándo se observa la fuerza, en tanto referencia a sus desplazamientos. Por el contrario, concibe a las dimensiones espacio y tiempo como determinaciones de tipos de fuerza específicos. Así, por ejemplo, las diferencias de fuerzas de la defensa y del ataque, de las metas positiva y negativa, se hacen depender del distinto uso que hacen del tiempo y del espacio.

La relativización de la fuerza respecto de los procesos de organización en el uso del tiempo y el espacio —el uso de la fuerza en los combates y el uso de los combates— tenía que proyectar hacia un primer plano los aspectos que determinan estos procesos, es decir los fenómenos de la conducción táctica y estratégica.

Clausewitz entiende la “conducción” como “un movimiento espiritual libre”. Sustituye la imagen dominante previa que suponía una técnica de acción y la considera un método de reflexión destinado a formular hipótesis acerca de resultados probables de acciones alternativas, en términos de metas, objetivos y medios, que deben ser puestos a prueba en la experiencia.

Pero además, asume que la acción se ejerce sobre seres vivos y que la consideración de todos los aspectos —que implica tomar en cuenta las reacciones del adversario, sus acciones y reflexiones probables tomadas en un encadenamiento de momentos distintos— debe llegar a formar una imagen de la totalidad de la guerra para elaborar un plan, también total.

Es decir, que la alta conducción de la guerra pasa a ser una actividad de reflexión potenciada, de segundo grado, pues incluye la reflexión del enemigo, los efectos de la acción propia sobre la reflexión y viceversa.

Considera, en consecuencia, que la teoría debe ocuparse desarrollar este método de reflexión. Con este fin, construye un método crítico de análisis histórico y teórico que permite juzgar el valor de las proposiciones formuladas por las teorías anteriores o implícitas en los problemas prácticos por otros conductores de guerras, descubrir las soluciones más acertadas y extraer “verdades generales” que puedan ser incorporadas a su propia teoría y utilizarlas luego para la observación de la realidad y la toma de decisiones.

Por consiguiente, la teoría de Clausewitz es también de segundo grado, potenciada, pues hace posible el análisis de otras teorías.

Como se observa, el concepto de “fuerza” no desaparece en el enfoque de Clausewitz sino que se dinamiza, se relativiza respecto de campos de leyes que se subsumen unos dentro de otros más abarcadores hasta terminar en el campo de la teoría y su construcción.

Puede señalarse algunos desarrollos realizados en el mismo sentido por Lenin, aunque los problemas que enfrenta y, por lo tanto, sus soluciones han de ser diferentes.

Lenin no puede limitar el concepto de “fuerza” al campo de relaciones de las fuerzas armadas, porque la fuerza social proletaria no aparece ya previamente constituida como tal. No es un presupuesto de la “guerra” provisto por el estado como lo era para Clausewitz, sino que se concibe formándose a través del conjunto de experiencias de lucha populares. Por lo tanto, los conceptos de estrategia y táctica tampoco refieren, según Lenin, sólo a enfrentamientos de aquel tipo, sino que abarcan todo el proceso que va desde la formación de la fuerza social hasta su realización como poder. Más aún, Lenin llega a afirmar que, bajo determinadas condiciones, esta realización puede no estar mediada por la lucha armada.

De este modo Lenin relativiza la noción de “organización” y remite la ley acerca de la mayor fuerza generada por una acción cooperativa de distintos elementos, el carácter de clase de éstos, a las relaciones que guardan entre sí y a sus distintos momentos.

Vemos, por ejemplo, que respecto a la alianza de los sectores obreros y campesinos en los soviets, Lenin señala que un aspecto y momento de esta organización conjunta es su

carácter de “dictadura democrático-revolucionaria de obreros y campesinos”, es decir, una fuerza social superior a la de sus elementos de clase aislados. Pero su otro aspecto —que se revela en el hecho de que los soviets no toman el poder, derrocando a la burguesía— le indica que la forma en que están vinculados estos elementos —es decir, bajo la dirección de los campesinos— produce una fuerza que podría considerarse negativa: la unión bajo la dirección de la pequeña burguesía inhibe la expresión de la fuerza de clase proletaria. Concibe, entonces, un proceso táctico-estratégico cuya primera fase consiste en una ruptura, en una fisión destinada a “liberar” fuerzas de clase proletaria, que a su vez impulsarán a la pequeña burguesía a enfrentar el gobierno para, en un tercer momento, decisivo, ya bajo la conducción proletaria, unificarse en la acción conjunta.

Comprobamos que la noción de organización cubre distintos significados de clase y representa magnitudes de fuerza social y relaciones diferentes, dependiendo de los sujetos sociales que se trate en cada etapa.

El dinamismo social que Lenin confiere al concepto de “fuerza” se observa también en su análisis de las relaciones entre la fuerza proletaria y la de las masas fluctuantes: considera que ellas sólo se potencian en el momento en que la oscilación de estas últimas se dirige contra la burguesía. A la inversa, comprende que de no verificarse en ese momento un movimiento concurrente de la fuerza proletaria, la masa fluctuante tiende a completar su ciclo en el sentido regresivo, antiproletario.

El movimiento cíclico de esta masa se explicaría por los intereses de clase ambivalentes de sus sectores pequeñoburgueses y por el estado de crisis de la conciencia burguesa de sus fracciones proletarizadas, pauperizadas y obreras, que las mantiene oscilantes en la dualidad burguesía-proletariado, sin que pueda consumarse por fuera de una experiencia concreta de poder.

En la medida que Lenin concibe la “fuerza” como expresión de fenómenos de organización de clase específicos, sujeto a las leyes táctico-estratégicas de la lucha de clases, debe necesariamente tomar en cuenta el papel decisivo de los fenómenos de conducción, o sea, del aspecto o dimensión de la fuerza que determina su organización, su formación y distribución en el tiempo y en el espacio social.

También este campo de fenómenos de orden superior, será pensado por Lenin como un proceso cuyas leyes de génesis y desarrollo y cuyas relaciones con otros campos de fenómenos no son las mismas para las fuerzas proletarias que para las fuerzas burguesas. Por lo tanto, también aquí superará el carácter abstracto de la concepción de “conducción” y de “teoría” formulada por Clausewitz, refiriéndolas a sus manifestaciones de clase concretas.

Según Clausewitz, la guerra está compuesta por una “extraña trinidad”: el “odio y la enemistad”, que considera como “instinto ciego”, el “juego de las probabilidades y el azar” que corresponde a una “actividad espiritual libre” y “la naturaleza subordinada de herramienta política que la incorpora a la razón pura”.² Estas tendencias pertenecen al “pueblo”, al “general su ejército” y al “gobierno” respectivamente.

Para Clausewitz, las masas ingresan en la reflexión sólo en tanto las fuerzas instintivas de sus “elementos hostiles”, el “odio nacional” por ejemplo, representen principios de fortalecimiento o debilitamiento para la acción³ cuando tal odio instintivo no

² *De la guerra*. Libro I, cap. I.

³ “Una misma meta política puede generar diversos efectos en distintos pueblos e inclusive en un mismo pueblo, en distintas épocas. Entonces sólo podemos hacer valer a la meta política como medida, en tanto la

existe, surge en el combate mismo —dice Clausewitz— como reacción frente a la agresión.⁴

Las masas son reducidas a un “instinto ciego” territorial o reactivo a la agresión, “si se quiere animal”. El elemento autoconciente, que orienta los comportamientos, que produce conocimiento y lo incorpora a la teoría, se atribuye exclusivamente al estamento de los señores del estado y sus aparatos armados.

Clausewitz, igual que la burguesía en general, considera a las masas como la “sinrazón”. Sólo a través de su conversión en soldados—ciudadanos se les da el ingreso a la órbita de la civilización humana, pero incluso allí se les relega profundamente el papel de instrumentos de la “razón” y del “espíritu”, que para la burguesía es su razón de estado y su espíritu clasista. El pueblo es visto esencialmente como un “cuerpo casi animal”, domesticado para las actividades directamente relacionadas con el uso de la fuerza material. Si bien Clausewitz le concede “alma”, una “fuerza moral”, sólo la admite a la manera de sobreimpresión debida a la obre del estado que articula un “instinto ciego”.⁵

No existe, en la perspectiva de Clausewitz, ninguna mediación según la cual el pueblo pueda desarrollarse hacia formas autónomas de la conciencia.

Instinto proletario, teoría revolucionaria

Lenin utiliza también la noción de “instinto” pero para significar algo muy diferente. El “instinto de clase” alude a las tendencias espontáneas del proletariado hacia formas organizativas y de acción que expresan la unidad de clase.⁶ La noción de “instinto” supone también un irracionalismo en las conciencia proletaria, pero no es el irracionalismo de lo “animal” sino el de “lo burgués”, un estado de engaño, una falsa conciencia que expresa en tácticas erróneas desde el punto de vista del interés de clase proletario.

El instinto de clase proviene de la percepción de las contradicciones entre el

posemos en sus efectos sobre las masas que ella debe mover, de tal modo que así la naturaleza de estas masas ingresen a la reflexión. Es fácil, comprender que, como consecuencia de esto, el resultado puede ser muy diferente según se encuentren en las masas principios de fortalecimiento o de debilitamiento para la acción. Pueden encontrarse entre dos pueblos o dos estados tales tensiones, tal suma de elementos hostiles que un motivo político, en sí mismo poco significativo, puede generar un efecto que excede en mucho su naturaleza, una verdadera explosión”. *Idem*. pto. II.

⁴ “El odio nacional, que rara vez está ausente en nuestras guerras, sustituye, más o menos intensamente, la enemistad personal en la lucha de un individuo contra otro. Pero cuando también falta el odio nacional y no existe encono desde un principio, el sentimiento hostil se enciende durante el propio combate, ya que una violencia que alguien, por orden superior, ejerce sobre nosotros inflamará deseos de venganza y desquite contra esa persona, en lugar de hacerlo contra el orden superior que le ha ordenado actuar así. Esto es humano o, si se quiere, animal, pero así son las cosas”. *Idem*.

⁵ “...no existe fuerza moral fuera de los conceptos del estado y de la ley”. *Idem* cap I Pto 2

⁶ “Gracias a su instinto de clase los obreros han comprendido que en un período de revolución necesitan de una organización completamente distinta, no sólo habitual, y han emprendido con acierto señalado por la experiencia de nuestra revolución de 1905 y de la Comuna de París de 1871; han creado el soviet de diputados obreros, se han puesto a desarrollarlo, ampliarlo y fortalecerlo, atrayendo a él a diputados de los soldados y, sin duda alguna, también a los diputados obreros agrícolas y además (un una u otra forma) también de todos los campesinos pobres”. “*Cartas desde lejos*”.

discurso y las acciones burguesas, entre las metas que la burguesía enuncia y las que realiza, entre su descripción de la sociedad y la que los desposeídos y oprimidos viven. Estas contradicciones se revelan a través de toda su práctica social y política y con mayor agudeza en los períodos revolucionarios, que aceleran las crisis de la conciencia burguesa en el proletariado, generando los distintos momentos en que el instinto de clase tiende a convertirse en conciencia de clase.

Este proceso encuentra dos obstáculos a su desarrollo. Por una parte, el carácter limitado de la práctica directa del proletariado, que sólo lo conecta con ciertos aspectos y momentos de la lucha de clases y no da el acceso a un conjunto de enfrentamientos que llevan acabo otras clases y fracciones sociales, no le permite constituir una imagen de la totalidad del territorio social en términos de proceso. La experiencia inmediata tampoco acumula el conocimiento producido históricamente por el proletariado y la burguesía.

Por otra parte, esta experiencia es elaborada a través de sistemas construidos por la burguesía o más primitivos aún y, frecuentemente, por medio de conceptualizaciones que la burguesía no utiliza para su propio conocimiento sino que divulga a fin de obstruir el conocimiento proletario. La conciencia real de los desposeídos no consiste en un vacío teórico —como suponía Clausewitz— sino que está ocupado en distintos grados que varían históricamente, por cristales conceptuales burgueses a través de los cuales contempla el mundo social.

Mientras el proceso de conocimiento avanza por ensayo y error, las masas se ven obligadas a someter sus tácticas a infinitas pruebas de este tipo. Pero el ensayo y el error como métodos de conocimiento presente, a su vez, limitaciones de lo inmediato: las masas pueden desechar una táctica errónea, como consecuencia de su fracaso práctico, pero ello no implica necesariamente que la táctica sea inusable, sino que requería ser referida a otro momento y espacio o articulada a otra táctica mediadora. También puede suceder que una táctica sea abandonada correctamente sin que haya comprendido íntegramente la fuente del error implícito en ella, y que por lo tanto, se repita el error en algún aspecto de la nueva táctica.

Estos problemas son los que se ponen de relieve el carácter necesario de una teoría revolucionaria, observada a través de conceptos propios, construidos en relación crítica a las teorías histórico sociales de la burguesía.

De aquí se deriva uno de los momentos que hemos podido observar en la elaboración de la conducción táctico-estratégica de Lenin: con los instrumentos conceptuales de la teoría revolucionaria analiza la relación de fuerzas concreta, reestructura sus propios conceptos y propone la construcción de condiciones de experiencia que permitan a las masas desarrollar su conciencia hacia un nivel superior, es decir, que puedan autoconducirse asumiendo su conducción de clase. Marx había sostenido que “la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas”.⁷ Lenin intenta concretar este pensamiento creando las condiciones de enfrentamiento específicas en la que ello se hace posible.

De este enfoque de la teoría revolucionaria podría decirse que “es un sistema de conocimiento que no pretende haber entendido todo, sino que toma conciencia de que debe

⁷ “De todos modos, el arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material debe ser absorbida por la fuerza material; pero también la teoría se transforma en fuerza material en cuanto se apodera de las masas. La teoría es capaz de apoderarse de las masas cuando demuestra ad hominem y demuestra ad hominem en cuanto se hace radical. Ser radical es atacar las cosas por sus raíces; pero para el hombre la raíz es el hombre mismo”. *La cuestión Judía*, C. Marx

desarrollarse a sí misma trabajando sobre lo desconocido, buscando en lo real aquello que contradice al conocimiento anterior y utilizando la experiencia para redefinir, precisamente y clarificarse con el fin de abarcar campos de fenómenos que puedan, por esta razón, considerarse verdaderamente nuevos”.

De este carácter de la teoría se desprende el otro momento detectado en las tesis de conducción de Lenin: la racionalización de la táctica y estrategia, de la teoría revolucionaria, a partir del estímulo proveniente de las masas. Así, como se vio, en el mes de septiembre de 1917, Lenin reconoce que la táctica espontánea, objetiva, de las masas revelaba un mayor grado de conciencia que el le atribuía la táctica subjetiva de los cuadros. Y, por otro lado, en octubre del mismo año, argumenta que la confluencia de la ofensiva de masas en la ofensiva de los elementos revolucionarios —con precedencia de estos últimos en la acción— sería la forma real en que se produciría la encarnación de la teoría como fuerza material.

Tanto desde el punto de vista de Clausewitz como del de Lenin, la teoría, que inicialmente es un medio para la observación de su objetivo de estudio —el conflicto de fuerzas— se convierte en un componente activo de las fuerzas en conflicto, es decir, en un efecto sobre el objeto. Y esto sucede en la medida que toma cuerpo en la conducción, o sea, en tanto se torna sujeto del conflicto.

La diferencia entre Clausewitz y Lenin consiste en que para el primero, el sujeto está dado, es el estado y su general, mientras que para el último, se trata de una clase en proceso, en trance de devenir sujeto, en tanto construye conocimiento y se autoconduce hacia sus metas. Y, por lo tanto, también este proceso teoría-conciencia adquiere carácter de lucha, se convierte en parte del conflicto, en lucha teórica, en aquel aspecto de los enfrentamientos que refiere a su conducción táctico-estratégico.

En las dos perspectivas, la teoría es un medio para racionalizar la experiencia histórica, para conocer, y a la vez, para construir una experiencia racionalmente, para constituir la capacidad para hacer. Son teorías del poder en tanto teorías del conocimiento y a la inversa.

Pero mientras que desde el punto de vista de Clausewitz, la concepción del saber-poder se aplica a la racionalización de las condiciones de dominación de clase de la burguesía —la guerra como instrumento del estado burgués— desde el punto de vista de la teoría marxista trata de crear las condiciones “mas racionales y mas humanas” en las que la lucha de clases puede desenvolverse hasta su meta última, la abolición de toda dominación de clase, es decir, las formas de estado tipo Comuna.⁸

La tarea y el éxito de Lenin sólo se hacen comprensibles si se considera correctamente el enfoque que asume respecto de la lucha teórica, este efecto de los enfrentamientos cuyo objetivo es constituir en el proletariado la capacidad de conducción del proceso de la lucha de clases.

La resolución del problema de la dualidad del poder fue posible porque Lenin había desechado —ya desde mucho antes— dos ideas falsas: una, que existe una teoría revolucionaria acabada, completa, que contiene en sí la clave de todos los problemas porque la realidad social ya está comprendida en sus leyes y, otra, que la realidad es tanto

⁸ “La Comuna no aparta la lucha de clases, a través de la cual las clases trabajadoras quieren alcanzar la abolición de todas las clases y, por consiguiente, de toda dominación de clase [...] pero crea el estadio intermedio racional en la cual las diversas fases de esta lucha pueden transcurrir del modo más racional y más humano”. Primer borrador para *La guerra civil en Francia*, de Carlos Marx.

más rica que la teoría, que ninguna ley general puede comprenderla. De un supuesto se concluye que quienes poseen la teoría ya saben todo y no necesitan investigar ni conocer el desarrollo concreto de los procesos de lucha de clases. Del otro, que son las masas a través de su conocimiento inmediato quienes tienen la capacidad para captar la realidad histórica.

Por eso puede afirmarse que "ambas perspectivas chocan contra los dos obstáculos contrarios que limitan todo pensamiento: lo general y lo inmediato. Una, sobrevalora la teoría, la otra, la práctica, desconociendo ambas el valor de las transmutaciones que se producen entre uno y otro momento". Una es un dogmatismo, un doctrinarismo, que lleva al culto del formalismo organizacional, del "partido". La otra es un empirismo, un realismo, que conduce al culto del espontaneísmo de las masas, de un saber "intrínseco" a las masas, al "pueblo". Ambos enfoques son abstractos y obstruyen el proceso de construcción de conocimiento objetivo, de teoría enriquecida y de acción conciente en el proletariado.

En la acción de Lenin es posible leer la cuestión de la unidad de teoría y práctica como un proceso de desarrollo contradictorio. Por eso su actividad tiene forma de una permanente realimentación de la teoría desde la "complejidad de la vida", "desde el reino de la realidad", que concreta las fórmulas teóricas y con "ello de la forma nueva".

Lenin reformula la teoría a partir de la experiencia y la conciencia inmediata de las masas, de su instinto de clase —acción y reflexión situadas en un punto donde su carácter burgués se vuelve contradictorio con el interés de clase de la burguesía— a la vez que trata de construir los nexos reales que conducen a las masas a la realización concreta de la teoría.

Su movimiento teórico lo separa del realismo —que se limita a consagrar lo existente— porque tiende a crear lo real de manera conciente a medida que se integra de las masas. Lo aparta del utopismo porque si bien existe de allí la fuerza de sus metas, demuestra su posibilidad y necesidad y busca materializar los medios para triunfar en el asalto al cielo.